



UNO

–Quicksand fue derribada –la voz de Sahara se oyó en el comunicador de Marisa–. Y Fang también. Yo logré salir con vida de la pelea, pero por poco.

–También capturaron a Anja en un bombardeo doble –dijo Marisa, inclinándose detrás de una claraboya hecha añicos–. Intenté salvarla, pero estaba haciendo reconocimiento de terreno del otro lado de la azotea y no llegué a tiempo.

Marisa había quedado apartada de la batalla. Los disparos distantes hacían eco entre las ruinas del viejo complejo industrial. La lucha se daba ahora en la planta baja, dejándola oculta aunque aún aterrorizada en la cima de la vieja fábrica,

intentando recuperar el aliento. Revisó su rifle, un Saber-6 largo y negro que disparaba pulsos de energía de microondas. Le quedaban solo dos cargas.

–Tu trabajo era proteger a Anja –espetó Sahara con dureza–. Se suponía que debías cubrirla. Ahora tú y yo somos las únicas aún en pie.

–Lo sé. Y lo siento –respondió Marisa compungida–. Perdí el rastro de lo que sucedía en la batalla, y luego tú pediste que fuera a recorrer el otro lado de la azotea, entonces...

–Y también te pedí que trajeras cámaras esta vez –gritó Sahara–. Las cámaras habrían hecho ese trabajo por ti, y tú te habrías quedado con tu Francotirador asignado. No me culpes cuando tú no has... ¡Maldición, me encontraron!

Un disparo agudo restalló en los auriculares de Marisa, y ahora el sonido le llegaba desde dos direcciones diferentes: por un lado, las distantes explosiones de la propia batalla y, por el otro, los gritos cada vez más fuertes y cercanos de Sahara. Marisa silenció el audio y observó su visor. Divisó el ícono de su amiga, quien se encontraba asediada y ahora se movía en el mapa en relieve de la fábrica que Marisa tenía en pantalla. Un pequeño grupo de bots estaba allí con ella como apoyo; eran unos seis o siete, pero ahora una ola de enemigos avanzaba hacia allí. Marisa divisaba cada vez más íconos en su visor al tiempo que Sahara los identificaba: dos, tres, cuatro...

–Tienes cinco agentes enemigos encima de ti –informó Marisa.

–¡Entonces levanta el trasero y ven a ayudarme! –gritó Sahara.

Marisa atravesó la azotea corriendo. Su traje negro era casi invisible en la luz de la noche. Al estar los cinco enemigos concentrados en Sahara, ella no temía ser encontrada. Había drones guardianes en las azoteas justo encima de ella, pero su armadura óptica la hacía indetectable ante sus sensores. No la molestarían si ella no los molestaba primero. Mientras corría catalogaba sus recursos, esforzándose en pensar qué tenía que pudiese ayudar a salvar a Sahara y, al mismo tiempo, salvaguardar la misión. Las palabras de su amiga aún resonaban en su cabeza: era el trabajo de Marisa proteger a Anja, y era entonces su culpa que Anja estuviese muerta. Sahara le había pedido que trajera drones cámara, pero ella había insistido en probar una nueva alternativa esta vez. Debería haberse quedado con lo que ya conocía. El kit de drones le habría proporcionado no solo cámaras, sino también drones pistola y torretas móviles que podrían haberla ayudado a seguir más de cerca a Anja y a eliminar cualquier objeto que se le acercase demasiado. De hecho, esas mismas armas podrían haber estado allí mismo en ese momento para salvar a Sahara también.

Sacudió la cabeza. No le hacía bien gimotear al respecto ahora. Tenía lo que tenía, y tendría que hacerlo funcionar. No ganaría la batalla, pero tal vez podría... ¿Qué? No tenía nada que pudiera resultar útil en una balacera. Solo contaba con un kit de camuflaje y una nueva tecnología que acababa de ser descubierta y quería probar: proyectores de fuerza. Había resultado divertido utilizar los guantes para derribar a los agentes en la azotea de la fábrica, pero ¿y ahora qué? Aun si

podiera llegar al centro de la batalla a tiempo no había forma de que los proyectores fueran a derribar algo que estaba en el suelo desde allí arriba, y tampoco llevaba puesta su armadura, que le permitiría acercárseles más; ni tampoco unas olas de fuerza salvarían el día en un enfrentamiento de cinco contra dos.

Dio un salto para sortear el pequeño espacio entre los dos edificios y siguió corriendo. Su visor mostraba las especificaciones de sus nuevos guantes, detallando exactamente qué podían generar: una ola de fuerza que expulsaba a las personas hacia *atrás*, un muro de fuerza que podría bloquear una puerta o un callejón y un campo de fuerza para usar como defensa temporal. Se trataba de control y protección de multitudes... Todas funciones que podrían haber salvado a Anja si Marisa no la hubiese dejado sola; pero no serían de mucha ayuda para Sahara ahora que estaba acorralada y la superaban en número. Los agentes enemigos la matarían y la mayoría de las torretas de defensa de Sahara ya habían sido destruidas, así que los agentes ingresarían por la fábrica directo hasta la base de Marisa, y luego la destruirían. Era una misión perdida, y los Cherry Dogs estaban todos muertos.

Se escuchó a Sahara gritar en el comm, usando la señal de llamada de Marisa en lugar de su nombre real.

—¡*Heartbeat, ayúdame!*

Esas palabras hicieron que Marisa volviera a enfocarse en su tarea. Era una agente y tenía trabajo que hacer. Muertos o no, los de su equipo aún contaban con ella. Tendría que improvisar.

Volvió a revisar su visor, concentrándose en la zona de la batalla, y dirigió su perspectiva hacia un rincón en la azotea. La cornisa le brindó una visión perfecta del suelo debajo, lo que indicaba que era el punto ideal desde donde disparar. Estaba siendo vigilada por uno de los drones de ataque más grandes en todo el complejo, un enorme Mark-IX, pero Marisa se deslizó por delante de él con su armadura óptica, se afirmó sobre una de sus rodillas, niveló su rifle y midió la distancia, preparándose para disparar. Sahara estaba acorralada en un rincón sin salida, de rodillas detrás de un pesado muro de concreto. Probablemente fuera el rincón de un antiguo reactor de fusión. Solo quedaban unos pocos bots en el lugar, agazapados entre los escombros y disparando ciegamente contra el enemigo. Los cinco agentes enemigos habían tomado posición en la calle y también estaban acompañados de su propio ejército de bots, usando unos viejos camiones de entrega como protección y concentrando el fuego sobre la posición de Sahara. Era la perfecta zona de muerte.

—Estoy justo encima de ti —murmuró Marisa.

—¿Tienes un buen ángulo desde allí?

—No es el mejor —miró hacia arriba y vio el Mark-IX elevándose por encima suyo. Un modelo humanoide enfurecido y armado con cuchillas, una armadura y una cadena de municiones sobre su hombro—. Tengo solo dos cargas en el rifle, pero estoy justo debajo de un dron de ataque. Tan pronto como dispare por primera vez, me verá y no podré disparar la segunda descarga.

–Entonces haz que la primera valga la pena –dijo Sahara con determinación.

Marisa asintió con la cabeza, analizó sus objetivos y apuntó con cuidado al Francotirador enemigo. Respiró lentamente, apuntando solo un poco más arriba para ser más precisa con la distancia...

Y luego tuvo una idea.

–Heartbeat, ¿dispararás o no?

Marisa se echó hacia atrás y arrojó el rifle sobre su hombro mientras observaba más de cerca el dron de ataque.

–Tienes tu equipo de láser contigo, ¿verdad?

–Por supuesto. Yo *sí* traje lo que debía traer.

–¿Puedes marcarme un objetivo? –preguntó Marisa, conteniendo un suspiro.

–¿No puedes elegir tu propio objetivo? –dijo Sahara un tanto frustrada-. ¿Cuántas veces has practicado con ese rifle?

–No usaré el rifle –explicó. Separó sus pies, dobló las rodillas y se preparó para recibir la onda de choque. Levantó las manos con las palmas hacia delante y jamás quitó los ojos del dron.

–¿Qué haces?

Marisa encendió los proyectores y realizó la carga.

–Solo señálame un objetivo, y que sea justo en el medio del grupo.

Sahara refunfuñó, pero finalmente su ícono se movió en el mapa en relieve y, unos momentos más tarde, un haz de luz se proyectó hacia arriba desde el centro del suelo de la fábrica.

–Ese es nuestro enemigo, el General –dijo Sahara–. El resto de su equipo se ubica a unos tres metros a la redonda... Pero una sola bala no los eliminará a todos.

–Es por eso que no usaré balas. Ahora mantente fuera de mi vista –Marisa se movió solo un poco hacia la izquierda, dejando el dron de ataque en línea directa entre ella y el haz de luz–. ¡Toma esto, *chango!*

Disparó los proyectores de fuerza con toda su energía. Esa misma explosión podría haber enviado un objetivo humano volando al otro lado del mapa. Pero el dron, mucho más grande y pesado, fue lanzado hacia atrás a una corta distancia y luego comenzó a caer, direccionándose exactamente hacia el General. La IA –inteligencia artificial– del dron era muy básica: si veía algo que no era un dron como él, lo aniquilaba. El ataque de Marisa había desactivado el modo camuflaje de su armadura, y el dron rotó su arma hacia ella mientras caía, enviando una oleada de balas trazadoras compuestas de una luz blanca y brillante que se dirigían hacia su posición mientras atravesaban la noche. Estaba demasiado cerca como para evitarlas; trastabilló y cayó hacia atrás al tiempo que las balas daban contra su armadura. El Mark-IX aterrizó, justo en el centro de la balacera. Con Marisa ya fuera de vista, giró otra vez, capturó nuevos objetivos y lanzó una devastadora lluvia de fuego sobre los agentes enemigos.

–¡Santas granadas de mano! –exclamó Sahara–. ¿En verdad puedes hacer eso?

–Seguramente no una segunda vez –dijo Marisa, arrastrándose hasta el borde y observando el caos debajo. Aquella lluvia de municiones casi había acabado con ella, por lo que activó un paquete sanador–. Siempre actualizan los juguetes buenos tan pronto como los corrompemos.

–Nos hemos regenerado –anunció Anja–. Quicksand y Fang están justo detrás de mí.

–Justo a tiempo –dijo Sahara–. Debemos atacarlos de inmediato, antes de que se recuperen. Accede al dron y direcciona el fuego hacia los objetivos. ¡Vamos!

Marisa observaba mientras Sahara y sus soldados salían de detrás de su escondite, disparando al enemigo. Al mismo tiempo, el dron de ataque avanzaba contra la línea de batalla. Marisa alineó su rifle y disparó sus dos últimas municiones, reduciendo al francotirador enemigo mientras huía del Mark-IX. Luego, observó a sus compañeros de equipo unir fuerzas y eliminar al resto.

Marisa ingresó en el comm.

–Perdón por haber hecho que te mataran, Anja.

–¿Bromeas? –Anja se movía de un lado a otro en el campo con su *jump pack* derribando a los rezagados mientras Sahara y los otros atacaban el centro de los bots enemigos–. Si no hubiésemos estado tan al borde de la desesperación, jamás habríamos llegado a ver aquel dron. ¿Eso se te ocurrió a ti?

–¿Sorprendida? –sonrió Marisa.

–Ya verás. Estará por toda la Net para el fin de semana –comentó Quicksand–. ¡Otro video viral de los Cherry Dogs!

–Y otro kit que me decepciona –dijo Fang–. Esperaba poder probar los Proyectoros de fuerza, pero no... Lo han arruinado. Es como si Marisa se especializara en romper el equilibrio del juego.

–Eso es lo que hacemos –añadió Anja–. Cuando todo lo demás falla, *play crazy*.

Una nueva ola de bots llegó como refuerzo, y juntos acabaron con el dron y luego avanzaron hacia la base enemiga. Había sido un juego muy peleado, y las torres del enemigo ya habían sido destruidas. Con los agentes contrarios muertos, los Cherry Dogs tenían el camino abierto para acceder y derribar lo que aún seguía en pie. El otro equipo se regeneró justo cuando Marisa había alcanzado la base, pero ya era demasiado tarde: las torrecillas cayeron y la bóveda explotó.

“*¡Y ganan los Cherry Dogs!*”, la voz en off invadió la fábrica entera y los bots comenzaron a bailar mientras sonaba la música triunfal en el comm. Marisa también festejó. Enderezó el cuello y salió de la simulación. La fábrica desapareció y ella flotó en medio de la nada por un segundo antes de que la Sala de Estadísticas se materializara a su alrededor: una habitación grande y circular repleta de bancos y consolas; las paredes estaban cubiertas con información sobre la batalla. Marisa aún conservaba la forma de su avatar en Supramundo: un traje ajustado de camuflaje que la hacía lucir mucho más delgada de lo que ya era en la vida real, hecho de cuero negro y brillante, con finos dispositivos de metal y exoesqueletos. Era un diseño básico, pero ella estaba orgullosa de llevarlo. El otro

equipo, los Salted Batteries, ya estaba en el lobby, riendo y aún en shock por el giro inesperado que les había hecho perder el juego. Esa era una buena señal. No todos eran capaces de reír por haber perdido de esa manera. Sahara llegó al mismo tiempo que Marisa y se dio la mano con el General.

–Fue un buen juego, chicos –ella también llevaba puesto su traje de avatar, aunque este no era más que una copia digital de sí misma, conservando así su condición de vidcaster; ni siquiera usaba una señal de llamada, solo su nombre real. Su avatar hacía juego con la tez oscura y llevaba puesto un vestido rojo tan apretado que no le hubiese permitido caminar en el mundo real–. Creí que nos ganarían esta vez –dijo con una sonrisa.

–Yo también –respondió el General, cuya señal de llamada era Tr0nik. Todos aún tenían sus avatares puestos, por lo que Marisa no tenía idea de cómo lucía el General en la vida real. Su voz era masculina y tenía acento chino, y su vocabulario era bastante forzado, lo que dejaba en evidencia que la mayor parte de su inglés lo había aprendido en la Net–. Jamás nos imaginamos robots asesinos gigantes cayendo del cielo.

–Hong Kong –dijo Fang, reapareciendo y murmurando al oído de Marisa.

–¿Cómo sabes?

–¿Cómo sabes tú cuando un estadounidense proviene de Boston? –preguntó–. Porque suena como una persona de Boston. Necesitarías trabajar un poco más en tu chino –Fang era nativa de China y vivía en alguna parte de Beijing. Marisa

jamás la había conocido en la vida real, ni a ella ni a Quicksand, pero ambas eran algo así como dos de sus mejores amigas en el mundo.

–Lo sé, lo sé –dijo Marisa. Su madre siempre le insistía con que debía estudiar chino. Sonrió y avanzó para darse la mano con Tr0nik–. Un gran juego.

–Gran juego, claro que sí –respondió él, y el resto del equipo se reunió a su alrededor para ofrecer las correspondientes felicitaciones–. Esa fue una táctica muy buena. Hablo de lo que hiciste con el Mark-IX... ¿Ya lo habías intentado antes?

–Fue algo que surgió en el momento –dijo Sahara, volviendo a ser el centro de atención. Colocó su mano sobre la espalda de Marisa y sonrió ampliamente–. Nadie piensa y actúa en el momento como los Cherry Dogs.

–*Play crazy!* –exclamó otro de los Salted Batteries. La frase, que era autoría de Anja, había estado ganando notoriedad casi tan rápido como el equipo mismo.

–Todos ustedes hicieron un gran trabajo, y ha sido un excelente partido –dijo Sahara. Hablaba como si estuviese participando de un concurso de belleza–. Gracias por el juego. Necesitábamos la práctica.

–Espero que sepan que queremos la revancha –comentó Tr0nik–. Ya he enviado la solicitud.

–Recibida y aprobada –anunció Sahara con una sonrisa–. Ahora, odio jugar y salir corriendo después, pero tengo algunas estadísticas que revisar y debo prepararme para el próximo juego. Un gran torneo se aproxima.

–Nosotros igual –afirmó Tr0nik–. ¡Play crazy!

–¡Sí, play crazy! –volvió a sonreír Sahara. Era la embajadora perfecta.

Luego, uno por uno, los Cherry Dogs se desconectaron y se dirigieron a su lobby privado. Ya fuera del ojo público, la personalidad tan animada de Sahara se esfumó.

–Play crazy... –comentó poniendo los ojos en blanco–. ¡Casi perdemos ese estúpido juego por jugar como locos!

–Lamento haber abandonado a Anja –se volvió a disculpar Marisa–. Estoy muy acostumbrada a jugar con drones cámara, y fue por eso que no presté atención al mapa sin ellos; y el otro equipo estaba ubicado justo detrás de mí.

–Fang y yo ya habíamos sido derribadas; no podrías haber hecho mucho más –respondió Quicksand. Su nombre real era Jaya y vivía en Mumbai, pero su inglés era impecable... Incluso mejor (debía admitir Marisa) que el que resultaba de su propia mezcla entre estadounidense y mexicana.

–Sé que aún no tenemos un entrenador de verdad –siguió Sahara– pero hago lo mejor que puedo, y a ti te había pedido que trajeras... –su voz fue apagándose, y sus ojos tenían la apariencia vacía de quien está mirando una entrada diferente de video. Marisa se preparó para otra diatriba de escarmientos. Sahara era su mejor amiga, pero podía enojarse mucho cuando jugaban así de mal. Luego de una larga pausa, Sahara negó con la cabeza–. ¿Sabes qué? No te preocupes. Sí, no fue una buena jugada, y esta victoria fue solo buena suerte; y sabemos que no debemos confiarnos de eso para un partido de verdad,

pero... ¡Qué bien nos fue! –sonrió, y Marisa no pudo evitar sonreír también-. ¡Habrá repeticiones de la caída de ese dron por toda la Net durante semanas! Y, en un juego de práctica como este, eso vale mucho más que una victoria –colocó una mano sobre el hombro de Marisa y la miró a los ojos-. Ahora tendremos mucho tiempo para practicar antes de la competencia, así que no te desanimes.

Marisa se avergonzó ante el recordatorio y no pudo evitar sentirse mal otra vez.

–¿Quieres que hagamos otro partido? –preguntó Fang-. Deberíamos jugar con los Proyectores de Fuerza un poco más antes de que se corra la voz, y descifrar qué más pueden hacer que a nadie se le haya ocurrido aún.

–¿Qué hora es allí? –preguntó Marisa-. ¿La una de la madrugada?

–Dormir es para los débiles –contestó Fang-. Hagámoslo.

–Son solo las diez y media aquí –dijo Jaya-. Aún puedo jugar uno o dos juegos más esta noche.

–¿Solo dos? –preguntó Fang-. ¡Débiiiiil!

–Son las diez de la mañana en Los Ángeles –continuó Jaya-. Sahara, tú, Marisa y Anja podrían practicar algunas horas más al menos, ¿no es cierto?

–No he dormido nada desde ayer –Anja se encogió de hombros-. Así que tampoco tendría sentido que lo hiciera ahora.

–No, basta de prácticas por hoy –dijo Sahara-. Primero debemos postear el clip del lanzamiento de ese dron si en

verdad queremos que se corra la voz –su tono se iba elevando y sonaba cada vez más entusiasmada–. No habíamos hecho algo tan grande desde que Mari aplicó aquel algoritmo Minimax sobre el constructor de avatares. Fue eso lo que nos colocó en el mapa en primer lugar. Algo como esto podría llevar nuestra reputación hasta las ligas mayores. Deberé dedicarme al menos algunas horas a obtener buenos ángulos de la repetición para luego suscribirlos y subirlos a la Net.

–Mañana, entonces –concluyó Fang–. O esta noche, dependiendo de la zona horaria de cada una. Yo haré algunos juegos por mi cuenta con el nuevo equipo y veré si puedo conseguirles algunas buenas imágenes.

–Yo también quiero –dijo Jaya–. Quizás podamos desempatar con un Mark-III.

Las dos se desconectaron, y Marisa se dirigió a Anja y a Sahara.

–Las veré luego, entonces. El restaurante abrirá pronto. ¿Nos encontramos allí?

–Si logro llegar a tiempo, les avisaré –respondió Sahara.

–Cena, entonces.

–Señoritas, pueden venir a mi casa –dijo Anja–. La piscina ya está lista.

–Una fiesta en la piscina en una mansión en Brentwood –sonrió Sahara–. Eso se verá muy bien en mi transmisión –dijo levantando las cejas con picardía–. Hagámoslo. Ocho de la noche. Vistan algo llamativo.

Marisa simuló una sonrisa.

–Cualquier cosa por unos cientos de pares de ojos, ¿verdad?
–Cualquier cosa por unos cientos de pares de ojos –afirmó Sahara–. Las veo esta noche. ¡*Cherry Dogs forever!*

–*Cherry Dogs forever* –repitió Marisa.

Sahara se desconectó y Marisa se quedó un momento observando el sitio donde había estado.

–Tengo algo espectacular para esos ojos –dijo Anja–. Sé que les encantará.

–Esto es Internet, Anja. Ya han visto pechos antes.

–Nada así de biológico, no –respondió y sonrió–. Las veré esta noche.

–Esta noche –dijo Marisa.

Anja se desconectó. Unos segundos más tarde, también lo hizo ella.

Marisa abrió los ojos. Se encontraba en su habitación, abarrotada y estrecha, recostada sobre su cama. Encima de ella, en el techo, había un póster del Supramundo, la edición limitada que había adquirido en el campeonato regional el año anterior. Ver aún una parte de ese otro mundo mientras regresaba al mundo real había hecho que la transición fuera más fácil, pensó. Se restregó los ojos y se sentó erguida, observando a su alrededor la ropa sin ordenar y las piezas de computadoras a medio armar desparramadas por toda la habitación.

Su casa.

Se estiró para tomar el cable y palpó suavemente el puerto cerebral que servía de conexión con su cráneo. Ya no sentía nada cuando se desconectaba, ni siquiera el leve tirón, en especial

ahora que había actualizado su djinni a un Ganika 7. Esta nueva conexión entre su cráneo y el cable era magnética, y bastaba un solo golpecito para poder retirarlo fácilmente.

Incluso sin ningún tipo de repercusión física, Marisa siempre parecía sentir algo... Quizás era algo más bien psicológico, o al menos eso suponía. Tiró suavemente del cable y este se desprendió, desconectándola de la Net.

El mundo real.

No había estado allí por un tiempo.

Los colores allí eran mucho más aburridos.



